

# Las virtudes sacerdotales en San Juan de Ávila

*Santiago Kiebnle, L.C.*

*Estudios de filosofía y teología en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, y de una carrera técnica en la Universidad Anáhuac.*

## Introducción

**E**l 20 de agosto del 2011, durante la Jornada Mundial de la Juventud, el papa Benedicto XVI tuvo una Misa en la Almudena, Catedral de Madrid, con los seminaristas. Al terminar la celebración anunció que declararían a Juan de Ávila como doctor de la Iglesia. Dicha declaración tuvo lugar el 7 de octubre de 2012.

Antes de ser declarado doctor de la Iglesia, Juan de Ávila era un desconocido para muchos, y aún después de esta declaración lo siguió siendo para algunos. Sin embargo, es una figura de gran importancia, no solo para su época, sino para la Iglesia, y en especial para la formación sacerdotal.

Juan nació alrededor de 1499 en Almodóvar del Campo, donde pasó también su infancia. Su padre, Alonso de Ávila, era de ascendencia hebrea. Estudió Leyes en Salamanca y después se retiró a llevar una vida de oración desde 1517 hasta 1520. Algunos creen que en este periodo estuvo en alguna orden religiosa, pero no hay constancia de que haya profesado los votos. Después estudió Artes y Teología en la universidad de Alcalá de Henares de 1520 a 1526. Se piensa que fue ordenado sacerdote en 1526.

Fray Luis de Granada, quien escribió su primera biografía, cuenta que el padre Juan celebró su primera misa en Almodóvar del Campo y en lugar de celebrar con un banquete o una fiesta, dio de comer a doce pobres y les sirvió a la mesa. Ese mismo año se trasladó a Sevilla con la intención de zarpar para las Indias, pero al final no se fue, sino que se quedó en Sevilla en donde comenzó su ministerio y predicación.

En 1531 es procesado por la inquisición, tras algunas acusaciones que le hacían de no ir conforme a la fe cristiana en algunas de sus proposiciones. Por ello, en 1532 entra en prisión, y en 1533 se le absuelve, pero se le manda moderarse en el modo de hablar. A partir de entonces realiza su ministerio como predicador y pastor de almas por Andalucía. Funda colegios, residencias clericales que después serán seminarios, y ayuda en la universidad de Baeza atendiendo espiritualmente a clérigos, religiosos, monjas y seglares.

Fue muy cercano a la Compañía de Jesús e influyó en el cambio de vida de San Francisco de Borja. San Ignacio de Loyola lo invitó a ingresar a la Compañía, pero no entró nunca. En 1551 empieza a tener problemas de salud que seguirán hasta su muerte en 1569.

En su época era conocido como “el Maestro”, y eran muchos los que acudían a él para pedir consejo o dirección espiritual. Impulsó reformas en el clero y la creación de seminarios. Tuvo influencia en el concilio de Trento y en el sínodo de Toledo, a donde mandó sus memoriales y advertencias respectivamente.

El papa Benedicto XVI, durante la homilía de la Celebración eucarística en la que lo declaró doctor de la Iglesia, destacó que Juan de Ávila «se dedicó a la predicación y al incremento de la práctica de los sacramentos, concentrando sus esfuerzos en mejorar la formación de los candidatos al sacerdocio, de los religiosos y los laicos, con vistas a una fecunda reforma de la Iglesia»<sup>1</sup>.

En este trabajo no pretendo exponer ni abarcar toda su doctrina, sino que nos limitaremos a resaltar las principales virtudes sacerdotales en la doctrina avilista, que él mismo vivió y que tanto difundió.

## **1. La oración**

San Juan de Ávila es un gran maestro de oración y de vida espiritual, no solo para los sacerdotes, sino para todo el pueblo de Dios. La oración es un tema recurrente en sus escritos y conferencias, pues lo considera crucial para la vida cristiana.

En una de sus célebres obras, el *Audi Filia*, trata extensamente el tema de la oración cristiana, y la define como «una secreta e interior habla con que el ánima se comunica con Dios, ahora sea pensando, ahora pidiendo, ahora dando gracias, ahora contemplando, y generalmente por todo aquello que en aquella secreta habla se pasa con Dios»<sup>2</sup>.

Uno de los principales obstáculos que se suelen poner a la vida de oración es la falta de tiempo, sobre todo en los sacerdotes dedicados a la vida activa. Un error común es dar prioridad al apostolado sobre la oración, lo cual va haciendo que la oración se deje de lado y el apostolado se vaya haciendo estéril. En realidad, esto se debe a una falta de entendimiento de lo que es la oración. Si entendiéramos lo que es la oración buscaríamos orar en

---

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía del 7 de octubre de 2012*, en [http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2012/documents/hf\\_ben-xvi\\_hom\\_20121007\\_apertura-sinodo.html](http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2012/documents/hf_ben-xvi_hom_20121007_apertura-sinodo.html)

<sup>2</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2000, 686.

todo momento y circunstancia. San Juan lo expresa en palabras muy claras diciendo que:

Si ciegos no estuviesen los hombres, bastaba decirles que daba Dios licencia para que todos los que quisiesen pudiesen entrar a hablarle una vez en el mes o en la semana, y que les daría audiencia de muy buena gana, y remediaría sus males, y haría mercedes, y habría entre Él y ellos conversación amigable de Padre con hijos. Y si diese esta licencia para que le pudiesen hablar cada día, y si la diese para que muchas veces al día, y si también para que toda la noche y el día, o todo lo que de este tiempo pudiesen y quisiesen estar en conversación del Señor, Él lo habría por bueno, ¿quién sería el hombre, si piedra no fuese, que no agradeciese tan larga y provechosa licencia, y no procurase de usar de ella todo el tiempo que le fuese posible, como de cosa muy conveniente para ganar honra, por estar hablando con su Señor; y deleite, por gozar de su conversación; y provecho, porque nunca iría de su presencia vacío?<sup>3</sup>

Si este peligro es grave en todo cristiano, con mayor razón es grave en los sacerdotes, ya que, si el sacerdote no reza, terminará predicando su propia palabra y no la palabra de Dios, y en vez de llevar a las almas a Dios, las llevará a sí mismo. «Sin la oración reflejará en su predicación y en sus consejos solo su propio parecer: “el sacerdote que no ora [...] darme ha por consejos de Dios consejo suyo”»<sup>4</sup>.

Por eso San Juan reprocha con graves palabras la falta de oración en los sacerdotes, y atribuye a ella la ira de Dios, que no se quitará hasta que esta oración torne<sup>5</sup>.

Aquí se empieza a ver la dignidad y la importancia de la oración sacerdotal, que no es solo un medio para la santificación del sacerdote, sino es ante todo un ministerio, pues el sacerdote está llamado a prolongar la oración de Jesús. Su vida de oración es parte integral de su ministerio, pues el sacerdote tiene la «obligación de orar por todo el mundo universo y alcanzar bienes y apaciguar males»<sup>6</sup>. Por eso la Iglesia pide santidad y oración a los sacerdotes, pues «les está encomendando oficio tan alto, de ser intercesores entre Dios y ella; y para serlo como es razón, requiérese don de oración y muy grande: que sea tan eficaz como pide el Espíritu Santo»<sup>7</sup>.

<sup>3</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 686.

<sup>4</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2000, 500.

<sup>5</sup> Cf. J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 917.

<sup>6</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 913.

<sup>7</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 918.

Esta es quizás la característica que más resalta San Juan cuando habla de la oración sacerdotal, que es oración de intercesión, siendo el sacerdote mediador entre Dios y los hombres. Por eso «aquel ha de tener por oficio orar, que tiene por oficio el sacrificar, pues es medianero entre Dios y los hombres, para pedirle misericordia»<sup>8</sup>. Por ello el sacerdote debe de tener una profunda vida de oración, consciente de que su oración no es solo de él, sino de todo el Pueblo de Dios, y debe de buscar un grado de oración altísimo, de modo que tenga «tan gran fuerza de oración, que aproveche a todo el mundo»<sup>9</sup>.

En una plática que prepara para el sínodo diocesano de Córdoba de 1563, resume sus dos principales líneas de la oración sacerdotal en una sola frase: «Esto, padres, es ser sacerdote, que amansen a Dios cuando estuviere, ¡ay!, enojado con su pueblo; que tengan experiencia que Dios oye sus oraciones y les da lo que piden, y que tengan tanta familiaridad con él»<sup>10</sup>. En realidad, las dos líneas van muy ligadas, ya que será la constante oración lo que irá dando la familiaridad con Dios y será la familiaridad con Dios lo que dará eficacia a la oración. Y gracias a esa constante y profunda oración «ha de arder en el corazón del eclesiástico un fuego de amor de Dios y celo de las almas»<sup>11</sup>.

La oración del sacerdote debe de llevarlo cada vez más a profundizar en la intimidad con Dios y hacerse muy amigo suyo. Esta amistad profunda es lo que dará la eficacia a su oración y le concederá interceder por sus hermanos. Por eso en la plática 3 les recomienda a los padres de la Compañía que:

Han de tener un trato muy familiar con Dios, un admitirlos a su conversación como amigos suyos, y mostrarlos a los tales cómo huelga Dios que traten con Él, y se alegra y alguna vez instiga interiormente que le pidan. Esta es la gracia dada gratuitamente y don muy principal, y esto es lo que llamamos oración con eficacia. Diferente cosa es que admita un rey a uno que le pida alguna vez lo que ha menester, y que sea otro tan su amigo que le admita su familiaridad y conversación, que es negocio y trato de amigo<sup>12</sup>.

De este modo el sacerdote reconoce la dignidad de la oración, que lo pone cara a cara con el Rey de reyes y, a pesar de saberse indigno, es capaz de entrar con confianza en la oración sabiendo que, aun sin merecerlo, Dios ha querido llamarlo amigo y concederle un trato de amistad profunda, con-

<sup>8</sup> J. ESQUERDA BIFET (ed.), *Juan de Ávila escritos sacerdotales*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2000, 199.

<sup>9</sup> J. ESQUERDA BIFET (ed.), *Juan de Ávila escritos sacerdotales*, 200.

<sup>10</sup> J. ESQUERDA BIFET (ed.), *Juan de Ávila escritos sacerdotales*, 193.

<sup>11</sup> J. ESQUERDA BIFET (ed.), *Juan de Ávila escritos sacerdotales*, 215.

<sup>12</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 815.

cediéndole una dignidad y un poder muy por encima de lo merecido, pues «por su gran misericordia, quiso dar tal poder y tal oficio a los hombres, que pudiesen, con las tiernas armas de lágrimas y oración, pelear con Él y vencerle»<sup>13</sup>.

Ante estas palabras uno puede sentir demasiado temor, sintiendo que nunca se va a estar a la altura de lo que pide el ministerio. Sin embargo, Juan de Ávila nos recuerda que será el Espíritu Santo quien venga en nuestro auxilio, ya que «este negocio se hace más con gemidos que con palabras; y aquel solo sabe gemir como debe, para que su oración tenga fuerza, a quien el Espíritu Santo le enseñare este modo de orar»<sup>14</sup>.

Y puede surgirnos la pregunta de qué debemos hacer para recibir este don, para poder orar como la dignidad sacerdotal requiere por oficio, a lo que Juan de Ávila nos dice que «este orar, para ser bien hecho, pide ejercicio, costumbre y santidad de vida, apartamiento de cuidados, y sobre todo, es obra del Espíritu Santo y don suyo particular, no dado a todos, más a quien Él quiere»<sup>15</sup>.

Respecto a ese ejercicio y costumbre que menciona, lo desarrolla más en una de sus cartas, en la cual recomienda fuertemente a los sacerdotes apartar dos momentos fijos en el día, uno por la mañana y uno por la noche, para dedicarlos exclusivamente a la oración. Además de la lectura espiritual y la frecuente contemplación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo<sup>16</sup>. Sostiene que la hora del día para rezar es por la mañana, «antes de que el hombre se ocupe y entretenga en vanidades ni en otros cuidados del mundo, sino lo primero del día, gastarlo en el servicio de Dios»<sup>17</sup>. También exhorta a los sacerdotes a dedicar un tiempo por la noche para hacer examen de conciencia y reprenderse de las faltas cometidas en el día<sup>18</sup>. Y recomienda que «todo se ha de hacer con el mayor sosiego que pudieren, para que, si Dios los quisiera hablar, no los halle tan ocupados en hablarlo todo ellos, que calle Dios»<sup>19</sup>.

El sacerdote debe comenzar cada obra con una oración, «porque los que quieren valerse con tener cuidado de sí en hacer obras agradables a Dios, y

<sup>13</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 916.

<sup>14</sup> J. ESQUERDA BIFET (ed.), *Juan de Ávila escritos sacerdotales*, 201.

<sup>15</sup> J. ESQUERDA BIFET (ed.), *Juan de Ávila escritos sacerdotales*, 202.

<sup>16</sup> Cf. J. ESQUERDA BIFET (ed.), *Juan de Ávila escritos sacerdotales*, 301.

<sup>17</sup> J. ESQUERDA BIFET (ed.), *Juan de Ávila escritos sacerdotales*, 276.

<sup>18</sup> Cf. J. ESQUERDA BIFET (ed.), *Juan de Ávila escritos sacerdotales*, 302.

<sup>19</sup> J. ESQUERDA BIFET (ed.), *Juan de Ávila escritos sacerdotales*, 302.

no curan de tener oración, con una sola mano nadan, con una sola mano pelean y con un solo pie andan»<sup>20</sup>.

Como podemos ver, San Juan trata extensamente de la oración y se acerca a ella de modo teórico y de modo práctico. Su doctrina profundiza en la oración y su importancia, pero también da consejos prácticos sobre cómo crecer en la oración. De hecho, en la plática tercera, dirigida a los padres de la Compañía, desarrolla los tres grados de oración: a los incipientes les manda recogimiento y dejamiento<sup>21</sup>, a los proficientes les recomienda hacerse «como un niño que aprende de su maestro»<sup>22</sup>, y a los perfectos los instruye en la discreción de espíritus para buscar en todo la voluntad de Dios<sup>23</sup>.

Por último, cabe destacar que en la doctrina avilista sobre la oración sacerdotal juega un papel muy importante la liturgia, en especial la celebración eucarística, en donde «estando el pueblo arrodillado y humillado, el sacerdote está en pie en el altar, negociando con Dios en testimonio de la santa osadía y de lo mucho que vale para estar en pie en el día de la guerra del Señor, cuando quiere castigar a su pueblo»<sup>24</sup>.

Juan Esquerda Bifet, uno de los mayores expertos en Juan de Ávila, resume la doctrina de la oración de San Juan como «profundamente contemplativa, sigue la dinámica de humildad (realismo), confianza (en el amor de Dios) y unión (con la voluntad de Dios)»<sup>25</sup>.

## 2. Seguimiento e imitación de Cristo

«¿Qué quiere decir cristiano? Imitador de Jesucristo»<sup>26</sup>. Si bien esta frase es cierta para todos los cristianos, se aplica de modo más comprometedor para los sacerdotes, pues «el sacerdote en el altar representa en la Misa a Jesucristo Nuestro Señor, principal sacerdote y fuente de nuestro sacerdocio; y es mucha razón que quien le imita en el oficio, lo imite en los gemidos, oración y lágrimas»<sup>27</sup>. Quien ofrece a Cristo, está llamado a ofrecerse con Él.

<sup>20</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 688.

<sup>21</sup> Cf. J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 818.

<sup>22</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 824.

<sup>23</sup> Cf. J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 824-826.

<sup>24</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 810.

<sup>25</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 389.

<sup>26</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 397.

<sup>27</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 915.

San Juan de Ávila tiene muy claro que el sacerdote está llamado a seguir de cerca a Cristo, tomándolo como modelo, viviendo en intimidad con Él e imitándolo. «Cristo os es dado por ejemplo, para que, mirando a Él, rijáis vuestra vida»<sup>28</sup>.

Sus escritos están impregnados de esta espiritualidad sacerdotal como «vivencia de la participación en el ser de Cristo y de la prolongación de su mismo obrar»<sup>29</sup>, y constantemente exhorta a los sacerdotes a ser conscientes de la grandeza de su vocación, que es ser *Alter Christus*. «Divino ha de ser quien trata con la divinidad, y a aquel Señor se ha de convertir especialmente al cual tantas veces consagra y recibe sacramentalmente»<sup>30</sup>. «Misterio grande, unión inefable, honra sobre todo merecimiento, que el hombre y Cristo sean un Cristo»<sup>31</sup>.

Este llamado tan alto podría asustarnos, y el Maestro de Ávila es consciente de ello. Él mismo reconoce que «cosas tan altas pide este oficio sacerdotal, que muchos santos ha habido que, espantados de su resplandor, no se han atrevido a tomar tal dignidad»<sup>32</sup>, y recomienda «huir del peligro que corre el indigno que toma tal dignidad»<sup>33</sup>. Pero ante esta inmensa exigencia, ¿quién podría ser digno? Él mismo se lo preguntaba: «¿Quién llegará a tener esta limpieza tan sobrehumana, imitadora de Dios, que hace pasar al hombre en unidad de espíritu con Dios, para que así trate con suficiente aparejo el semejable a su semejable, el santo al santo?»<sup>34</sup>.

La imitación de Cristo y la santidad sacerdotal no es algo que se obtenga con el mero esfuerzo ascético, sino que va acompañado de la gracia y del tiempo. El sacerdote que trata íntima y amorosamente con Cristo va conociéndolo mejor y poco a poco va configurándose con Él. «Ha de corresponder, de parte de Cristo con el sacerdote y del sacerdote con Cristo, una amistad interior tan estrecha, y una semejanza de costumbres, y un amor y aborrecer de una misma manera, y en fin, un amor tan entrañable, que de dos haga uno»<sup>35</sup>. De este modo, «la relación íntima con Cristo se concreta en imitación y sintonía con sus sentimientos y amores»<sup>36</sup>.

<sup>28</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 397.

<sup>29</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 516.

<sup>30</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 919.

<sup>31</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 398.

<sup>32</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 929.

<sup>33</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 929.

<sup>34</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 929.

<sup>35</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 919.

<sup>36</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 518.

San Juan de Ávila es un apasionado por Cristo, por eso continuamente invita a los sacerdotes a profundizar en su unión con Él. Esta unión que se va dando entre Cristo y el sacerdote se da sobre todo en la celebración de la Eucaristía y en la oración.

Y si miramos cuán sobre todo es venir Dios al llamado de un sacerdote y estar en sus manos, dejarse tratar de él con más estrecha familiaridad que nadie pudiera pensar, ninguna santidad le parecerá que le sobra y le iguala, ni que llega con mucho a lo que merece el Señor de pureza infinita, comunicando con tan inefable comunicación<sup>37</sup>.

Es en la celebración eucarística donde esta unión alcanza su culmen, pues en la consagración el sacerdote representa a Cristo, y «ha de ser la representación tan verdadera, que el sacerdote se transforme en Cristo»<sup>38</sup>, «porque todo lo merece, y mucho más, el santo cuerpo de Cristo, el cual, como precioso licor, no debe ser puesto sino en vaso que tenga semejanza con él»<sup>39</sup>.

Allí representamos su sagrada persona, y decimos las palabras en persona de Él; y aquella honra que antes de encarnar daba a los ángeles, que decían en persona de Dios: *Ego Dominus* (Ex 12,2 passim), ya se ha pasado a los sacerdotes, los cuales dicen: *Ego te absolvo; Hoc est corpus meum, in persona Christi*<sup>40</sup>.

Esta representación y esta imitación no deben de ser solamente externas ni rutinarias, sino que han de llevarle a incorporarse en Cristo, y han de llevar a Cristo a encarnarse en el sacerdote. De este modo el sacerdote se convierte en portador de Cristo y lo comunica a los demás. En palabras del Maestro de Ávila: «Todo ello declare que es arca del testamento de Dios, relicario de Dios; y tan lleno de su gusto, que, por indevoto y distraído que sea el que lo oyere, hablare o mirare, sienta en sí mismo aquella fuerza divina que en aquel sacerdote está»<sup>41</sup>.

Habiendo recibido el sacramento del Orden, «el sacerdote ministro puede prolongar la palabra, el sacrificio, la acción salvífica y pastoral de Cristo»<sup>42</sup>, pues se ha configurado sacramentalmente con Él, y ha llegado a un grado de unión sumo con Cristo, «por el cual llega el hombre a ser hecho [...] no solo

<sup>37</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 919.

<sup>38</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 931.

<sup>39</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 928.

<sup>40</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 788.

<sup>41</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 920.

<sup>42</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 516.



cristiano, mas aun Cristo»<sup>43</sup>. De este modo Cristo viene a vivir en el sacerdote y le acompaña en todo momento, y así el sacerdote se vuelve un terreno fértil, «en medio del cual está plantado el árbol de vida que es Jesucristo nuestro Señor, recibido del sacerdote, metido en sus entrañas, dándole vida que nunca se acaba»<sup>44</sup>.

Es por esto por lo que San Juan de Ávila insiste tanto en pedir gran santidad a los sacerdotes, pues están llamados a imitar a Cristo y, más aún, a albergarlo dentro de ellos. Se lamenta cuando no se valora suficientemente la santidad sacerdotal: «¿por qué los sacerdotes no son santos, pues es lugar donde Dios viene glorioso, inmortal, inefable, como no vino en los otros lugares»<sup>45</sup>. Y sostiene que «si a alguno parece que se pide mucho a los sacerdotes en pedirles mucha santidad, oiga la causa de ello, y por ventura le parecerá que aún no se pide como con justicia se podría pedir»<sup>46</sup>. «Teniéndola en tanto esta dignidad, como es la verdad, que ninguna santidad, por grande que sea, sobra ni iguala con lo que ella merece»<sup>47</sup>.

Otro aspecto en el que sacerdote debe imitar a Cristo es siguiéndolo en su Pasión. Como ya hemos dicho, el que ofrece a Cristo está llamado a ofrecerse con Él. Invita a los sacerdotes a «pedir a nuestro Señor que nos escriba en nuestros corazones a Jesucristo crucificado»<sup>48</sup>. En la plática 4 da indicaciones prácticas sobre cómo imitar la Pasión de Cristo. «La pasión se ha de imitar, lo primero, con compasión y sentimiento, aun de la parte sensitiva y con lágrimas»<sup>49</sup>. «Debemos imitar los trabajos de cuerpo con trabajar nosotros el nuestro con ayunos, disciplinas y otros santos trabajos [...] también lo hemos de imitar en la mortificación de nuestras pasiones»<sup>50</sup>. Y también en el tratado sobre el sacerdocio toca el tema:

El sacerdote, que en el consagrar y en los vestidos sacerdotales representa al Señor en su pasión y en su muerte, que le represente también en la mansedumbre con que padeció, en la obediencia, aun hasta la muerte de cruz; en la limpieza de la castidad, en la profundidad de la humildad, en el fuego de

<sup>43</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 398.

<sup>44</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 920.

<sup>45</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 790.

<sup>46</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 911.

<sup>47</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 930.

<sup>48</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 827.

<sup>49</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 829.

<sup>50</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 830.

la caridad, que haga al sacerdote rogar por todos con entrañables gemidos y ofrecerse a sí mismo<sup>51</sup>.

Cristo es el espejo en que «se ha de mirar el sacerdote para conformarse en los deseos y oración con Él»<sup>52</sup>. «Otro remedio no tenéis para acertar el camino sino mirar dónde este Niño pone los pies y caminar por ahí. Mirad su humildad, su mansedumbre, su caridad, su obediencia»<sup>53</sup>. Así, con su obrar y con su orar, el sacerdote está llamado a seguir e imitar a Cristo, representándolo aquí en la tierra, configurándose con Él y llegando a ser *Alter Christus*.

Como nos explica Juan Esquerda, la doctrina avilista sacerdotal sobre la imitación de Cristo «no es imitación simplemente externa o rutinaria, sino que se convierte en unión con Cristo. En el Maestro Ávila, la unión e imitación incluye la incorporación a Cristo»<sup>54</sup>.

### 3. Caridad pastoral

En honor a la verdad hay que decir que San Juan de Ávila no menciona como tal la caridad pastoral en ningún momento, ya que es un término relativamente reciente. Sin embargo, toda la doctrina avilista sobre el sacerdocio está impregnada de este espíritu de caridad pastoral.

Para poder desarrollarlo primero es conveniente definir lo que entendemos por caridad pastoral. Juan Pablo II la define así:

El principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo Cabeza y Pastor es la caridad pastoral, participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo: don gratuito del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, deber y llamada a la respuesta libre y responsable del presbítero.

El contenido esencial de la caridad pastoral es la donación de sí, la total donación de sí a la Iglesia, compartiendo el don de Cristo y a su imagen. «La caridad pastoral es aquella virtud con la que nosotros imitamos a Cristo en su entrega de sí mismo y en su servicio. No es solo aquello que hacemos, sino la donación de nosotros mismos lo que muestra el amor de Cristo por su grey. La caridad pastoral determina nuestro modo de pensar y de actuar,

<sup>51</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 931.

<sup>52</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 915.

<sup>53</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 397.

<sup>54</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 398.

nuestro modo de comportarnos con la gente. Y resulta particularmente exigente para nosotros...»<sup>55</sup>.

Y el *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* dice al respecto que «la actividad ministerial debe ser una manifestación de la caridad de Cristo, de la que el presbítero sabrá expresar actitudes y conductas hasta la donación total de sí mismo al rebaño que le ha sido confiado»<sup>56</sup>.

En resumen, la caridad pastoral consiste en la donación total de sí mismo, por amor, a imitación de Cristo. De este modo podríamos subdividir la caridad pastoral en cinco virtudes: caridad, humildad, pobreza, castidad y obediencia.

### a. Caridad

Cuando los quieren ordenar, examínelos si saben cantar y leer, si tienen buen patrimonio; pues ya, si saben unas pocas de cánones y tienen buen patrimonio, ¡esus!, ordenar. ¿En qué examinará Dios? En la caridad para con todos y en la oración<sup>57</sup>.

La caridad es la virtud reina del sacerdote, y ese amor debe de ser tanto hacia Dios como para con los hombres. El sacerdote debe tener «para con Dios corazón de hijo leal, y para con sus parroquianos, de verdadero padre y verdadera madre»<sup>58</sup>.

Toda su vida está movida por el amor, y el amor es lo que le da sentido a su entrega. Por tanto, «conviene al cura tener verdadero amor a nuestro Señor Jesucristo, el cual le cause un tan ferviente celo, que le coma el corazón»<sup>59</sup> y que lo empuje a donarse a sí mismo por la salvación de las almas.

Este amor nace como respuesta del infinito amor que Dios nos ha tenido. «Veamos ahora qué tan grande fuese el amor que nos tuvo ese Hijo que nos diste. No hay lengua alguna que lo baste a decir; porque, como san Pablo dice, la caridad de Cristo excede todo conocimiento y sentido»<sup>60</sup>.

San Juan de Ávila se sabía profundamente amado por Dios y él a su vez amaba con todo su corazón al Señor. Tenía un inmenso amor a la humani-

<sup>55</sup> JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, n.23 (texto castellano en [www.vatican.va](http://www.vatican.va)).

<sup>56</sup> CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (2013), n.54 (texto castellano en [www.vatican.va](http://www.vatican.va)).

<sup>57</sup> J. ESQUERDA BIFET (ed.), *Juan de Ávila escritos sacerdotales*, 186.

<sup>58</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 941.

<sup>59</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 941.

<sup>60</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 954.

dad de Cristo y se sentía movido a amar humanamente a los demás como Cristo lo había hecho. Esto lo llevó a sentir los problemas de los demás como propios y a preocuparse por todos.

Dice el apóstol San Pablo: La ley de amor pide esto: quiere que lloremos con los que lloran, y que nos gocemos con los que se gozan. Cosa usada es entre los que se aman ser común a ellos la alegría y la tristeza; de tal manera, que si vos amáis a alguno mucho y le sucede alguna cosa de que se debe alegrar, vos también os alegráis como si a vos mismo os sucediera; y, por el contrario, os entristecéis si alguna cosa adversa le viene<sup>61</sup>.

La caridad sacerdotal debe ser tan grande cuanto grande es Dios, pues el amor nace «de la perfección de la cosa amada (porque el objeto del amor es la perfección y bondad de la cosa)»<sup>62</sup>. Esto es claro en cuanto se ama a Dios, pero puede surgir la duda de la caridad hacia el prójimo. Si la perfección de la caridad depende de la perfección de la cosa amada, la caridad hacia el prójimo dependerá de la perfección del prójimo. Sin embargo, esto no aplica, ya que el sacerdote ama a su prójimo por Dios y a través de Él. «Porque no amas al hombre por el hombre, sino por Dios; en tanta manera le amaste, que quien considera este amor no se puede defender de este amor, porque hace fuerza a los corazones, como dice el Apóstol: La caridad de Cristo nos hace fuerza»<sup>63</sup>.

Lo mismo sucede con el amor de Dios hacia nosotros, que tampoco depende de la perfección de la cosa amada, es decir, de nosotros, pues «el amor de Cristo no nace de la perfección que hay en nosotros, sino de lo que Él tiene, que es mirar en el Eterno Padre»<sup>64</sup>.

Ante este inmenso amor de Dios nace la exigencia de responderle con amor. Dios le pide a Juan de Ávila ese amor: «dame este primer amor, porque es mío... No lo quiero por fuerza ni por temor, sino dame tu amor, y dámelo por amor»<sup>65</sup>.

Juan de Ávila tiene claro que la fuente de todo amor es Dios, y el fin último de todo amor es también Dios. Toda la caridad viene de Él y a Él regresa.

<sup>61</sup> J. ESQUERDA BIFET (ed.), *Juan de Ávila escritos sacerdotales*, 243.

<sup>62</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 954.

<sup>63</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 960.

<sup>64</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 954.

<sup>65</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Diccionario de San Juan de Ávila*, Monte Carmelo, Burgos 1999, 145.

## b. Humildad

Aunque habrá enseñado a esos sus siervos cuán grande es la virtud de la humildad, para que Dios repose en el alma, no me impute a mal que por mi indigna boca se lo encomiende y recomiende. ¡Oh Señor, y cuántos que bien caminaban han sido desencaminados por faltarles esta virtud!<sup>66</sup>

El Maestro Juan de Ávila era un gran conocedor de la naturaleza humana, y la conocía con realismo, a la luz de la redención. Era consciente de la debilidad de la naturaleza humana, pero al mismo tiempo de la grandeza que recibe de los dones de Dios. Esto le lleva a tener una gran confianza en Dios, una «confianza cristiana, que, aunque no llega a los grados de aquella certidumbre, es bastantísima para desechar las flaquezas del corazón, y, arrimada a los merecimientos de Cristo, hace vivir consolados y morir confortados»<sup>67</sup>.

Esto no solo lo predicó, sino que también lo vivió en primera persona, humillado al ser juzgado por la Inquisición, lo que tomó como un regalo de Dios. Ya recomendaba él tomar una actitud de propia humillación ante las injurias:

Iros a vuestro rincón y delante de Dios quejaros de vos diciendo: Señor, debiéndote yo tanto, que soy obligado a pasar por ti otro tanto como tú pasaste por mí, no sufro una palabrita, una nonada, quéjome Señor de mí y de mi poquedad<sup>68</sup>.

También cuentan que «un clérigo bulero le calificó de hipócrita y alborotador del pueblo, y le dio una bofetada en la plaza de la ciudad. Juan de Ávila se arrodilló para pedirle perdón»<sup>69</sup>.

Continuamente exhortaba a los sacerdotes a vivir una profunda humildad, a ejemplo de Jesucristo, cuya enseñanza es «hacer vida que merezca la dignidad y huir de la dignidad. Y buscar la más santa y segura humildad, aun en lo de fuera»<sup>70</sup>. Por eso en sus escritos, hablando de las reglas del espíritu, propone cinco grados de humildad, y posteriormente doce:

1. El primero es que el hombre, conociendo de verdad su vileza, se menosprecie a sí mismo en la voluntad.

<sup>66</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Diccionario de San Juan de Ávila*, 474.

<sup>67</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Diccionario de San Juan de Ávila*, 204-205.

<sup>68</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Diccionario de San Juan de Ávila*, 473.

<sup>69</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Diccionario de San Juan de Ávila*, 472.

<sup>70</sup> L. SALA BALUST, *Obras completas del B. Mtro. Juan de Ávila*, I, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1952, 301.

2. Este menosprecio muestra exteriormente en el hábito, y en el andar, y en ejercitarse en cosas bajas y despreciadísimas.
  3. Cuando es menospreciado de otros, tenga paciencia.
  4. Que en este menosprecio se alegre.
  5. Que de todo corazón desee ser menospreciado de todos<sup>71</sup>.
- 
1. El primero es el temor de Dios nuestro Señor.
  2. El negamiento de la propia voluntad.
  3. Obediencia.
  4. Paciencia.
  5. La confesión de los pecados.
  6. Menosprecio de sí mismo.
  7. Anteponer los otros a sí, estimándolos en más.
  8. No hacer ninguna singularidad notable en las cosas exteriores.
  9. Callar hasta ser preguntado.
  10. No ser fácil para reír.
  11. Hablar cosas pocas y buenas.
  12. Pretender estado y hábito humilde<sup>72</sup>.

El Maestro entiende que la humildad se consigue a través de un profundo conocimiento de sí mismo y cooperando con Dios a través de las humillaciones. «A quien Él levanta a grandes cosas, primero le abate en sí mismo, dándole conocimiento de sus propias flaqueas; para que, aunque vuelen sobre los cielos, queden asidos por su propia bajeza, sin poder atribuir a sí mismos otra cosa sino su indignidad»<sup>73</sup>.

### *c. Pobreza*

¡Qué cosa tan pesada era la pobreza antes que Cristo viniese al mundo, qué aborrecida, qué menospreciada! Pero bajó rico del cielo y escogió madre pobre, y ayo pobre, y nace en portal pobre, toma por cuna pesebre, fue envuelto en pobres mantillas, y después, cuando grande, amó tanto la pobreza, que no tenía dónde reclinar su cabeza<sup>74</sup>.

---

<sup>71</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, II, 853-854.

<sup>72</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, II, 854.

<sup>73</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Diccionario de San Juan de Ávila*, 472-473.

<sup>74</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 493.

Las biografías de San Juan de Ávila resaltan su pobreza evangélica. Cuentan que para su primera Misa invitó a comer a los pobres. También en sus primeros años en Sevilla ya se distinguía por su pobreza y por su cercanía con los pobres. Pero esa pobreza voluntaria solo tiene sentido cuando se vive como imitación de Cristo, buscando ser pobres como Cristo lo fue, que «cierto es que nació en pobreza y aspereza, y de la misma manera vivió, y con crecimiento de esto murió»<sup>75</sup>.

San Juan de Ávila no solo vivía la pobreza, sino que invitaba a otros a vivirla. «A sus discípulos y dirigidos, especialmente sacerdotes y religiosos o religiosas, les recomendaba siempre la imitación de la pobreza de Jesús»<sup>76</sup>.

El sacerdote debe de ser pobre y no codiciar los bienes terrenos, ni los cargos eclesiásticos, «no buscando prebendas, sino salud de almas»<sup>77</sup>. La pobreza de corazón hace al sacerdote disponible, y «sin la actitud de pobreza, tampoco habría disponibilidad apostólica, puesto que no podrán vacar bien al oficio de ánimas, que pide a todo el hombre, y plega a Dios que baste»<sup>78</sup>.

Por ello denuncia las faltas de pobreza que ve en algunos sacerdotes y obispos e insiste en sus memoriales para Trento y en las advertencias, tanto al concilio como al sínodo de Toledo, en buscar una reforma a través de una vida pobre para los clérigos:

El aparato de muchos prelados y de eclesiásticos con tapices, vajillas, vestidos de criados y cosas semejantes es tal que pueden competir en vanidad con los caballeros y señores temporales, mandando lo contrario los concilios y enseñándolo los santos, y haciendo mucho daño al pueblo con su mal ejemplo<sup>79</sup>.

Bienaventurados eran aquellos tiempos, cuando no había en la Iglesia cosa temporal que buscar, mas adversidades y angustias que sufrir; y aquel solo entraba en ella que por amor al Crucificado se ofrecía a padecer estos males presentes con cierta esperanza de reinar con Él en el cielo<sup>80</sup>.

Advierte que hay algunos que siguen el camino del sacerdocio por los bienes terrenales que obtendrán, buscando riquezas y honor. Cuando se detectan casos así lo que hay que hacer es «quitarles el cebo que les hacer venir; y como no buscan sino dineros, faltando éstos, no querrán ser de la

<sup>75</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Diccionario de San Juan de Ávila*, 748.

<sup>76</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Diccionario de San Juan de Ávila*, 748.

<sup>77</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, II, 493.

<sup>78</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 494.

<sup>79</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, II, 604.

<sup>80</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, II, 489.

Iglesia, por faltarles aparejo para su vida vana, profana, llena de regalos y ruines deleites»<sup>81</sup>.

Estos sacerdotes que dicen renunciar al mundo y sus riquezas, pero no lo hacen, no hacen más que engañarse a sí mismos. «Crean que dejan el siglo y no lo dejan, mas múdanse de un siglo a otro, engañados y embaucados de sí mismos»<sup>82</sup>.

El sacerdote santo deja todo por Jesucristo, y su única riqueza es hacer la voluntad del Padre, «más quiere agradarlo y servirlo que ser señor de toda la redondez de toda la tierra»<sup>83</sup>; «desnudo murió Jesucristo en la cruz, desnudos hemos de ofrecer nosotros a Él. Nuestra vestidura sola ha de ser hacer su santa voluntad»<sup>84</sup>.

Mientras más vacío y desprendido esté el sacerdote, más podrá llenarse de Cristo. De este modo, la renuncia al mundo y sus riquezas no es negativa, no se hace por desprecio, sino con miras a algo mejor, a un bien mucho mayor. «Cuanto más dejare por Dios, tanto Él más le dará de su gracia»<sup>85</sup>.

#### *d. Castidad*

Cuerpo y ánima se nos pide limpia, según arriba se ha dicho, para consagrar al Señor y recibirle con fruto [...] cuán justa y debida cosa es que se reciba y trate el purísimo cuerpo de Jesucristo por cuerpo de sacerdote limpio en todo y por todo. Y entre las maneras de limpieza que se requieren, no es lo que menos se debe tener ni la que al Señor menos agrada la limpieza de la castidad; virtud propia, muy propia y propísima del sacerdote evangélico<sup>86</sup>.

Durante la época de San Juan de Ávila había varias problemáticas que llevaban a algunos a aconsejar que se eliminara el celibato para los sacerdotes seculares. Hay tener en cuenta que no había seminarios en ese entonces y faltaba una formación adecuada, lo cual complicaba la vivencia del celibato<sup>87</sup>.

San Juan de Ávila escribe a Trento exponiendo que el celibato ha sido doctrina común de la Iglesia casi desde los inicios: «y como esto entendiesen

<sup>81</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, II, 611.

<sup>82</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Diccionario de San Juan de Ávila*, 799.

<sup>83</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Diccionario de San Juan de Ávila*, 801.

<sup>84</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 593.

<sup>85</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Diccionario de San Juan de Ávila*, 282.

<sup>86</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 921.

<sup>87</sup> Cf. J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 497.



los sumos pontífices pasados, alumbrados por el Espíritu del Señor [...] mandaron que el que hubiese de ser sacerdote fuese virgen»<sup>88</sup>.

Y argumenta que la solución a los problemas no está en abolir el celibato:

El remedio de esto no entiendo que es casarlos; porque, si ahora, sin serlo, no pueden ser atraídos a que tengan cuidado a las cosas pertenecientes al bien de la Iglesia y de su propio oficio, ¿qué harían si cargasen de los cuidados de mantener mujer e hijos, y casarlos, y dejarles herencia? Mal podrían militar a Dios a negocios seculares<sup>89</sup>.

No podemos limitarnos nada más al celibato como renuncia o negación. El sacerdote está llamado a imitar la castidad de Cristo, exterior e interiormente. «Por el hecho de representar a Cristo Buen Pastor, el sacerdote ministro está llamado a ser su expresión personal. La castidad evangélica no es solo la orientación de la sexualidad según el amor, sino que es principalmente imitación de la vida virginal del Señor»<sup>90</sup>.

No basta con vivir una contención sexual, sino que hay que vivir también la castidad en la afectividad. El sacerdote debe de tener un corazón indiviso para «cumplir con tan altos oficios, que piden al hombre todo entero y no dividido»<sup>91</sup>.

Los sacerdotes deben de buscar vivir una castidad perfecta en razón de su oficio:

¡Oh padres sacerdotes! [...] Cuán grande ha de ser nuestra santidad y pureza para tratar a Jesucristo, que quiere ser tratado de brazos y corazones limpios, y por eso se puso en los brazos de la Virgen, y Josef fue también virgen limpísimo, para dar a entender que quiere ser tratado de vírgenes<sup>92</sup>.

Los candidatos al sacerdocio deben ser examinados en este punto, y pide a Trento que «búsquese, según he dicho, hombres que posean castidad y las otras virtudes»<sup>93</sup>.

Sabe que la castidad no es una virtud fácil de obtener, y que requiere mucho esfuerzo; sin embargo, vale la pena todo esfuerzo hecho en pos de

<sup>88</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 497.

<sup>89</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, II, 610.

<sup>90</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 496.

<sup>91</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, II, 610.

<sup>92</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 497.

<sup>93</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, II, 610.

alcanzarla, ya que la castidad es «tan rica que, por mucho que cueste, siempre cuesta barata»<sup>94</sup>.

San Juan de Ávila defiende que la castidad va muy de la mano de la pobreza y la oración, pues el corazón siempre va a buscar consuelos. Pero la castidad «se toma entre cristianos no por sí sola, mas porque ayude para con más libertad dar el corazón a Dios»<sup>95</sup>.

Para poder vivir la castidad recomienda a los sacerdotes la devoción a la Virgen María. «Si la carne te tienta, llama a María [...] veis aquí una Virgen que, mientras más un hombre se enamora de ella, será más casto»<sup>96</sup>.

El punto más alto de la castidad en la doctrina avilista es el desposorio con Cristo. A aquella cima están llamados los sacerdotes: «sabéis a qué entrasteis? [...] A tratar amores con vuestro esposo Jesucristo»<sup>97</sup>. Esto es posible gracias a los momentos culminantes del desposorio de Cristo con su Iglesia, que son la Encarnación, la Pasión y la Eucaristía.

#### *e. Obediencia*

Cristo, obediente fue a su Padre en vida y en muerte; y también obedeció a su santísima Madre, y al santo Josef, como cuenta San Lucas. Y no piense nadie de poder agradar sin obediencia al que tan amigo fue de ella, que, por no la perder, perdió la vida en la cruz<sup>98</sup>.

Si bien es cierto que la obediencia es una virtud cristiana que todos deben vivir, independientemente de su estado de vida, también es cierto que es una exigencia especial en los sacerdotes y más aún en los religiosos.

Jesús vino a enseñarnos a vivir en obediencia, y lo hizo desde antes de nacer:

Mandó César que cada uno fuese a su tierra a escribirse y a dar cierto tributo, y obedecióle Dios, ¿y no terné yo vergüenza de no seros obediente? Antes que salga del vientre obedece, y no yo. Si es cosa recia resistir a tu voluntad, ahí está Dios en la obediencia, en lo bajo, en el establo. Ahí está el Niño<sup>99</sup>.

Toda su vida vivió en obediencia, y fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Flp 2,8).

<sup>94</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 548.

<sup>95</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 663.

<sup>96</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Diccionario de San Juan de Ávila*, 157.

<sup>97</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Diccionario de San Juan de Ávila*, 279.

<sup>98</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 495.

<sup>99</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Diccionario de San Juan de Ávila*, 656.

Pero más aún, sigue siendo obediente al sacerdote. De este modo cuando el sacerdote pronuncia las palabras de la consagración Cristo baja al altar. Lo mismo pasa en el sacramento de la penitencia.

Este misterio de la obediencia de Cristo al sacerdote debe de dar un continuo impulso al sacerdote de vivir a su vez en obediencia:

¿Qué sacerdote, si profundamente considerase esta admirable obediencia que Cristo le tiene, mayor a menor, Rey a vasallo, Dios a criatura, tendría su corazón para no obedecer a nuestro Señor en sus santos mandamientos y para perder antes la vida, aun en cruz, que perder su obediencia?<sup>100</sup>

Así pues, el sacerdote debe de imitar a Cristo es su obediencia, que fue lo que nos redimió. Ya que «en el consagrar y en los vestidos sacerdotales representa al Señor en su pasión y en su muerte, que le represente también en la mansedumbre con que padeció, en la obediencia, aun hasta la muerte de cruz»<sup>101</sup>. De este modo el sacerdote ayuda en la salvación de las almas, buscando en toda su vida seguir la voluntad de Dios.

También destaca la obediencia como el camino más seguro en la vida espiritual:

Tened por cierto que aunque mucho busquéis, no hallareis otro camino tan cierto ni tan seguro, para hallar la voluntad del Señor, como éste de la humilde obediencia, tan aconsejado por todos los santos, y tan obrado por muchos de ellos, según nos dan testimonio las vidas de los santos padres, entre los cuales se tenía por muy gran señal de llegar uno a la perfección en ser muy sujeto a su viejo<sup>102</sup>.

Por ello recomienda continuamente esta virtud, insistiendo en que da la seguridad de la verdadera libertad: «no os espantéis de que tanto os encomiende la obediencia... porque vuestra seguridad está en no querer libertad»<sup>103</sup>.

## Conclusión

Podemos ver que, a pesar de haber vivido hace más de 400 años, la doctrina del Maestro es, no solo vigente, sino de suma importancia en la actuali-

<sup>100</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Diccionario de San Juan de Ávila*, 656-659.

<sup>101</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 931.

<sup>102</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 656.

<sup>103</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 757.

dad. Es cierto que hay temas que deben leerse a la luz del siglo XXI, pero su doctrina es riquísima.

Su llamada a la santidad sacerdotal va de la mano de los documentos conciliares y postconciliares del Vaticano II, y leyendo sus escritos sacerdotales uno siempre encuentra motivación para buscar con ardor la santidad. Se entiende por qué Pío XII lo declaró patrono del clero secular español. También Pablo VI recalcó la importancia de entender la naturaleza del sacerdocio ministerial «mediante la palabra, el ejemplo y la intercesión de San Juan de Ávila»<sup>104</sup>.

Sus obras son una riquísima fuente de espiritualidad sacerdotal que debería aprovecharse en los seminarios. Durante su vida se preocupó mucho por la formación de los futuros sacerdotes, y sus enseñanzas a los seminaristas son igualmente válidas para los seminaristas de hoy, que deberían de tener en San Juan de Ávila un amigo y un maestro.

Su vida entera fue un llenarse de Cristo para darlo a los demás, y su misma teología va alimentada por la contemplación, pero impregnada de acción. «Para el P. Ávila, el concepto de la teología jamás fue estático; tuvo siempre un sentido de dinamismo apostólico»<sup>105</sup>.

Hemos visto una espiritualidad cristocéntrica en San Juan de Ávila, quien propone a Cristo como centro, ejemplo y modelo del sacerdocio. «El sacerdote representa en la misa a Jesucristo nuestro Señor, principal sacerdote y fuente de nuestro sacerdocio»<sup>106</sup>.

Gracias a la Encarnación Dios se ha hecho cercano a nosotros, se ha hecho uno de nosotros, para que podamos amarlo más e imitarlo mejor.

Resumiendo su espiritualidad, de la mano de Juan Esquerda Bifet, uno de los expertos en la vida y doctrina de Juan de Ávila, podemos decir que:

El maestro es un enamorado de Cristo, contemplado en su Palabra, celebrado en la Eucaristía y sacramentos, anunciado por medio de la predicación y catequesis, vivido con sus exigencias evangélicas y comunicado para ser vivido según las bienaventuranzas y el mandamiento del amor. No es, pues, un tema que le atrae, sino una persona, que es el Hijo de Dios hecho nuestro hermano<sup>107</sup>.

<sup>104</sup> PABLO VI, *Discurso al episcopado y al clero de España*, 1970 (texto castellano en [www.vatican.va](http://www.vatican.va)).

<sup>105</sup> L. SALA BALUST, *Obras completas del B. Mtro. Juan de Ávila*, I, 143.

<sup>106</sup> J. DE ÁVILA, *Obras completas*, I, 915.

<sup>107</sup> J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de Juan de Ávila*, 58-59.